

En los *Confines*: veinte años de un proyecto intelectual



Diego Caramés

FFyL, UBA/UNA

Gabriel D'lorio

FFyL, UBA/UNA

La revista *Confines* –que luego de tres años de existencia y cuatro números en la calle pasará a llamarse *Pensamiento de los confines*–, tal como reconoce en su página web, fue fundada por un grupo de “ensayistas, escritores, polemistas y docentes e investigadores universitarios”, en cuyo núcleo se encuentran Nicolás Casullo, Alejandro Kaufman, Mañas Bruera, Ricardo Forster y Gregorio Kaminsky. En sus veinte años de existencia llevan publicados treinta números, el primero de los cuales salió a la calle en abril de 1995 y el último, el número 30, en la primavera-verano de 2013.

La publicación, de periodicidad semestral (con la excepción de tres números doble, el 9/10, el 23/24 y el 28/29), presenta formato de revista-libro (cada número oscila entre las ciento cincuenta y las doscientos cincuenta páginas), sin imágenes y con escasa publicidad (además de los auspicios de quienes colaboran materialmente con el proyecto, se publicitan otras revistas y actividades culturales). Bajo la dirección de Casullo, *Confines* se organiza en sus comienzos con un consejo editorial formado por Kaufman y Bruera, quienes también integran el comité de dirección, que se completa con Kaminsky, Forster, Héctor Schmucler, Oscar del Barco, Edgardo Gutiérrez, Ricardo Nudelman y Eduardo Grüner; finalmente, Guido Indij aparece como editor y Hernán Cardinale como diseñador. Si bien en los siguientes números se producen pequeñas modificaciones en el comité de dirección, recién en el quinto número –con la salida de Indij– cambia la composición editorial, sumando un comité asesor (con nombres relevantes como los de Massimo Cacciari, o los españoles Eugenio Trías y Manuel Reyes Mates, entre otros) y a una amplia lista de colaboradores en el exterior. El Consejo Editorial, por su parte, sólo cambia en el N° 12 (de junio de 2003), con la incorporación de Ricardo Forster.

Como se explicita en una breve aclaración al comienzo del N° 5, en sus primeros cuatro números la revista recibió apoyo económico de la Oficina de Publicaciones del C.B.C de la Universidad de Buenos Aires y de la editorial La Marca. Por diferencias de criterios con esta última, la publicación cambia de formato y de nombre, y pasa a ser producida por el Centro de Estudios de Profesores Universitarios (dentro de su serie *Diótima*) y a formar parte del Programa de Estudios de Cultura y Pensamiento Contemporáneo, con sede en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA (facultad a la que pertenecía el núcleo editor y buena parte de sus colaboradores). Esta información, además de dar cuenta de

sus condiciones materiales de producción, permite ver una primera inscripción de este proyecto editorial: el espacio de la Universidad, el cual implica las cátedras de materias afines y los grupos de investigación dirigidos por su director y colaboradores, como así también la extensa y difusa trama cultural que la circunda.¹

Con el objeto de ordenar la lectura del proyecto intelectual del colectivo editor de *Confines* proponemos una periodización tentativa, cuya justificación iremos detallando a lo largo del texto. Se puede reconocer un primer trayecto que va desde el N° 1 hasta el primer número doble (el 9/10, de agosto de 2001), con la disrupción que se produce en el número cinco (y que, como dijimos, implica un cambio de nombre y la ampliación de asesores y colaboradores argentinos y extranjeros). La crisis de diciembre de 2001 en el orden político y social de la Argentina tendrá un impacto inmediato y bastante visible en el devenir editorial de la revista.

A partir del N° 11, que lleva por título “Argentina: ante la crisis”, la preocupación por el presente de la política nacional primero, y América Latina, después, pasan a ocupar un lugar destacado y permanente.² Esta novedad, sin embargo, hay que leerla menos como una *ruptura* de la línea editorial que como un proceso de *agregación*; como intentaremos mostrar, se trata más bien de una serie de cuestiones que amplían el horizonte de indagación antes que operar una sustitución de problemáticas. Finalmente, ubicamos un nuevo mojón en el segundo número doble (el 23/24), con el fallecimiento de su director, Nicolás Casullo, que marcaría un tercer y último período. Si bien el proyecto mantendrá su búsqueda intelectual y la calidad de publicación, verá afectado en parte su continuidad (se edita un solo número en 2013 y desde allí hasta la actualidad no se ha vuelto a publicar). Estos vaivenes quizás se deban a la insoslayable ausencia de Nicolás Casullo –a todo lo que producía en términos de síntesis hacia adentro y hacia afuera del grupo editor– y también a la intensa actividad pública de varios de sus miembros.³

Una última precisión para cerrar esta breve introducción. Así como nos atrevimos a señalar ciertos desplazamientos en el recorrido de *Confines* porque nos parecen representativos del tipo de vínculo que establece todo texto con lo que podríamos llamar foucaultianamente– sus *condiciones históricas de posibilidad*, es preciso advertir que las líneas más conceptuales que elegimos para sostener nuestras hipótesis de lectura están asociadas a una intuición similar: el ensayo y el pensamiento filosófico intentan colocar luz en el laberinto del pasado y el presente a partir de una rigurosa lectura de las condiciones que lo hacen posible. Por eso mismo, para el presente de la publicación, conjeturamos, es tan relevante el estudio de la tradición letrada de la Europa moderna (literaria, filosófica, poética, teológica) como el tratamiento crítico de ciertas imágenes (sobre todo cinematográficas) interrogadas ambas desde un creciente interés por la cultura argentina y latinoamericana.

Las armas de la crítica: ensayo, filosofía y literatura

A riesgo de exagerar el carácter programático de la publicación, y de caer en el error de buscar un *origen* que dé cuenta del despliegue posterior, consideramos que en los primeros números se definen los núcleos temáticos, los nombres y perspectivas teóricas más influyentes, como así también algunas cuestiones formales que serán una marca distintiva de este proyecto.⁴ Respecto de estas últimas, comenzamos por destacar dos: primeramente, *Confines*, a diferencia de otras revistas culturales del período, no presenta un texto editorial ni secciones fijas. Lo que oficia como criterio para agrupar los textos son temas (Literatura y estética, El misterio y lo sagrado) o nombres (Beckett, Pessoa) o cruces de ambos (Mito y figura de lo moderno: Adorno, Mann,

1. Evitamos utilizar aquí nociones como campo o formación pero no quisiéramos dejar de señalar que la revista se inscribe en la rica tradición de proyectos editoriales forjados en torno a la vida intelectual de la universidad pública argentina que ha dado publicaciones tan diversas y potentes como *Contorno*, *Punto de Vista*, *El ojo mocho*, etc. Como es sabido, cada uno de esos proyectos estableció una forma específica de vinculación entre el mundo académico-universitario y la serie de lo político-social.

2. Subrayamos que lo que irrumpe, a partir del número 11, es una preocupación por la *política en tiempo presente* desde ya, con sus prolongaciones hacia el pasado y el futuro, porque la historia política argentina en particular, los años 60 y 70 supo tener un lugar significativo en varios segmentos de la primera etapa. Para más detalles, ver nota 5.

3. Si desde el 2003 es evidente el moderado entusiasmo de sus miembros por la irrupción del kirchnerismo, el compromiso se hará más hondo desde el 2008 a partir del conflicto del gobierno de Cristina Kirchner con las patronales agrarias y los grandes conglomerados de medios. En algunos casos, como el de Ricardo Forster y Matías Bruera ese compromiso implicará la asunción de responsabilidades en cargos públicos en el Ministerio de Cultura de Nación desde el 2014, con la consecuente demanda de tiempos y energía intelectual que suponen las tareas de gestión estatal.

4. Una aclaración tan obvia como necesaria. El presente artículo intenta resaltar algunas de las líneas de indagación más destacadas de una publicación que, como señalamos, lleva veinte años y treinta números. Un *racconto* pormenorizado de esas líneas, que evitara omisiones y ubicara el detalle de las rupturas, desplazamientos y continuidades, excede con mucho el espacio del que aquí disponemos.

Nietzsche; Herder y el romanticismo alemán). En algunos casos, además, la revista cierra con reseñas bibliográficas de publicaciones recientes. En segundo lugar, si bien en los textos se privilegia la escritura ensayística, con diferentes torsiones –a veces más próxima al tono académico, otras, más cercana a la literatura–, el régimen de publicación será amplio e incluirá desde guiones de películas (en el N° 1 aparece la versión en español del guión de *Nostalgia*, de Andrei Tarkovsky) hasta desgrabaciones de clases (en ese mismo número inicial se publica una clase de Grüner de la materia *Literatura en las artes combinadas II*, de la carrera de Artes de la UBA) e intervenciones en diarios y revistas (la gran mayoría, traducciones de publicaciones extranjeras) pasando también por capítulos de libros publicados o próximos a publicarse.

El número inaugural de *Confines* tiene por fecha abril de 1995. A mediados del mes siguiente se celebrarían las elecciones presidenciales en la Argentina, las cuales consagrarán la reelección de Carlos S. Menem. No hay mención alguna a este hecho significativo, ni directa ni indirecta, en ningún segmento de aquel número inicial. Al menos hasta el número 9/10 (de agosto de 2001), la revista evitará los temas y acontecimientos de la coyuntura política; su politicidad se manifiesta, más bien, a través de una revisión conceptual y teórica, y de una reelaboración de las formas de comprensión histórica.⁵ Este trabajo de revisión crítica tendrá como horizonte la tradición del pensamiento moderno occidental –y más ceñidamente, la filosofía europea “continental”–, dentro de la cual pasarán a inscribirse las referencias políticas y culturales de la historia nacional. Una política de los nombres y los conceptos, entonces, que talla sobre la (¿nueva?) *crisis de la ciencia europea*, en el oscuro fin-de-siglo XX.

“¿Cómo era el mundo no hace tanto? Podríamos imaginar que algo parecido a esta pregunta debió cruzar las reflexiones de Rousseau hace 250 años, la de Max Weber luego, o la de Georg Lukács. El interrogante se asemeja a la melancolía lo suficiente como para ser casi su antípoda, su exorcización conceptual. Si como pensó Walter Benjamin la bestialidad deshumanizadora de *dominar* a los hombres es un pasado que sobre todo no deja de seguir venciendo, aquella pregunta significaría más que nada descubrir en la fragilidad de la palabra la escasa presencia de las cosas, sus silábicas imposturas. Preguntarle al pretérito más próximo no es entonces nostalgia por pasados del mundo sino un continuo resistir la cancelación de la experiencia humana”.⁶ Estas líneas de Nicolás Casullo, que abren el primer artículo del primer número de *Confines*, bien podrían leerse como parte de un editorial presunto. Si, como dice allí mismo, “el dilema de la cultura es básicamente discusión sobre lo que acontece”, que implica una “mirada– en estado de crítica como dimensión primordial de lo moderno”, la interrogación por un pasado-presente que no cesa de acontecer como *bestialidad deshumanizadora* es la forma primordial de sostener un pensamiento crítico.

Por los nombres, lenguajes y nudos problemáticos que se tejen en aquel artículo de Casullo, se infiere una relectura contemporánea y *periférica* del “programa frankfurtiano”. Hablamos de relectura y no de *recepción*, en primer lugar, porque pensadores como Adorno o Benjamin ya tenían en nuestro país una larga lista de traducciones, críticas y reseñas; pero también, porque entendemos que el movimiento que hará *Confines* supone una recolocación de los textos frankfurtianos en los debates contemporáneos, como así también una modulación específica, al ubicarlos junto a otras temáticas y tradiciones. Subrayamos tres, especialmente, por la relevancia y permanencia que tendrán en esta etapa de la revista: los debates en torno a la posmodernidad, las formas de la religiosidad moderna (en torno a lo profano y lo sagrado) y las distintas cuestiones ligadas al pasado reciente de la Argentina (en particular, a la política de los años ‘60 y ‘70).

El primero de esos tópicos refiere al debate sobre la posmodernidad –que tuvo su apogeo en los años ‘80 y, promediando los ‘90, comenzaba a mostrar sus últimas

5. Del tercer al sexto número aparecen una serie de secciones que abordan la historia política reciente de la Argentina: en el N° 3, *Memoria y terror en la Argentina 1976–1996*; en el N° 4, *Los años ‘60 y ‘70 y la crítica histórica*; en el N° 5, *Los ‘60 y ‘70*; en el N° 6, *Prehistoria política de los años ‘60 y ‘70*. La importancia del tratamiento de esta temática específica que, sin embargo, incorpora una diversidad de abordajes y un amplio conjunto de problemas no contradice el aspecto central de nuestra apreciación.

6. Casullo, N., “Una crítica para reencontrar al hombre”, en *Confines*, N° 1, 1995, pág. 7.

estelas— pero también a su continuación bajo otras pautas y nominaciones. En el N° 1, los textos de Friedric Jameson, “Utopía de la posmodernidad”, y Oscar del Barco, “La ilusión posmoderna”, offician de marco para introducir la cuestión. Allí, el filósofo corobés señala: “Pensar lo postmoderno exige pensar lo moderno, sabiendo por una parte que se trata de realidades sociales irreductibles a categorías, y, por otra, de un conjunto de nominaciones variables que intentan rendir cuenta de esas realidades. Lo postmoderno puede ser descalificado adjudicándolo a una moda, en sentido peyorativo; pero con eso no se dice mucho ya que más allá del nombre que se le dé, siempre aleatorio, *hay algo que está pasando* a nivel de las economías, de las ideologías, de las políticas, de las artes y de las filosofías. Y es a *eso* que está pasando en el mundo a lo que se ha dado en llamar, nos guste o no el término, postmoderno”.⁷ Posmodernidad, entonces, como una nominación tentativa para las aceleradas transformaciones sociales que se producen en el orden sistémico; de ese modo, puede ubicarse como un hilo conductor que atravesará un conjunto heterogéneo de preocupaciones de la publicación. Cuatro años después, en el N° 7, un artículo de Alfonso Berardinelli, “El fin de la posmodernidad”, y otro de Hal Foster, “¿Qué pasó con el posmodernismo?”, indagan sobre el tema con la distancia propia de quien vuelve a revisar un cuerpo ya exhausto.⁸

7. Del Barco, O., “La ilusión posmoderna”, en *Confines*, N° 1, 1995, pág. 17.

8. Si estos dos artículos en el N° 7 parecen mostrar el agotamiento de la temática, la sección que abre el siguiente número de la revista, *Posthumanismo, posthumano* donde aparece traducido “Reglas para el parque humano”, el polémico texto de Peter Sloterdijk, publicado poco tiempo antes en *Die Zeit*—, puede leerse como una de las derivas de aquellos debates sobre la postmodernidad.

9. Forster, R., “El viaje profano”, *Confines*, N° 2, 1995, pág. 51.

10. Nos referimos aquí a la noción de *contemporaneidad* tal como la entiende Giorgio Agamben. Para el filósofo italiano, la contemporaneidad se inscribe, de hecho, en el presente marcándolo sobre todo como arcaico y sólo quien percibe en lo más moderno y reciente los indicios y las marcas de lo arcaico puede serle contemporáneo” (Cf. “¿Qué es lo contemporáneo?”, en: Agamben, G., *Desnudez*, Adriana Hidalgo ed., 2011, págs. 17-29). Esta clave, sugerimos, es particularmente apropiada para describir la estrategia que adopta la revista para indagar esos años tan significativos para la política argentina.

11. Si bien la discusión sobre los años 60 y 70 tuvo presencia durante la transición democrática y, posteriormente, en los primeros 90, al calor del debate que impuso la sanción de los indultos por parte del gobierno menemista, la nueva agenda que desplegó este gobierno con la implementación de las reformas del programa neoliberal colocó en un lugar marginal de la esfera pública la preocupación por aquellos años. Esta marginalidad, sin embargo, no supuso una completa ausencia en las revistas culturales. Promediando la década del noventa, se pueden encontrar artículos, entrevistas y otros materiales en publicaciones como *El ojo mocho*, *Punto de vista* o *El rodaballo* (por mencionar algunas). Sin embargo, ninguna desplegará una revisión tan vasta y sistemática como la que realiza *Confines*.

Por otra parte, la cuestión de lo religioso será abordada desde distintas perspectivas y con diversos materiales (en el N° 4, por ejemplo, una sección llamada Religiones cruzará textos de ensayistas, filósofos e historiadores). El interés por la cultura judía, por caso, será constante y variado, entre la mirada filosófica y los rastreos literarios. Asimismo, y no casualmente, el romanticismo alemán será una de las tradiciones filosófico-literarias de mayor presencia en la revista. Esta tradición, que tiene a lo mitológico y lo divino —como núcleo de una nueva *Kultur* en el horizonte de una Modernidad ilustrada— en el centro de sus preocupaciones, será revisitada a partir de diversos motivos: Herder y el romanticismo alemán (N° 2), el *Sturm und Drang* y la teoría romántica (N° 5), las literaturas de F. Schlegel (N° 13) y de F. Schiller (N° 16), y Hölderlin como traductor (N° 23/24), son las secciones que dedican específicamente al tema. En un texto temprano Ricardo Forster sintetiza uno de los ejes sobre los que pivotea el interés en ese movimiento cultural y filosófico: “El romanticismo descompuso el pragmatismo ilustrado allí donde interpuso la imaginación a la realidad, el retorno de lo sagrado a la pura secularización del mundo; en este sentido, el viaje supone un modo diferente de atravesar la historia y la geografía moderna, implica una subversión y un reencantamiento de aquello que había sido capturado en la redes de la racionalización”.⁹ Respecto de este tópico, por último, además de una afinidad temática, también puede ubicarse implícitamente una afinidad formal con el proyecto editorial de *Confines*: fueron aquellos primeros románticos quienes se interesaron por discutir los criterios de “claridad y distinción” del moderno lenguaje racionalista, como así también las convenciones sobre los géneros literarios. Contra esas convenciones, experimentaron con poesía filosófica, novelas poéticas y filosofía en formato epistolar, además de cultivar la escritura ensayística, en detrimento de los formulismos lógicos, caros al pensamiento sistemático de Descartes a Hegel. A comienzos del siglo XIX en Jena y a fines del XX en Buenos Aires —arriesgamos— es la fría jerga del pensamiento técnico-disciplinario lo que se combate.

El tercer y último elemento que subrayamos atendía al modo en que el pasado reciente de la Argentina es tematizado en la revista. Como indicamos al comienzo, si bien *Confines* no aborda cuestiones de coyuntura, sí encuentra en los intensos años ‘60 y ‘70 de nuestra historia política —y en los modos en que, en las décadas siguientes, esa experiencia fue revisada, criticada, negada o pretendidamente olvidada— un modo de indagar sobre algunas marcas *contemporáneas* de la política argentina.¹⁰ Al respecto, es importante señalar que esa indagación, por su amplitud, su profundidad y persistencia, comporta una novedad para las discusiones del campo político-cultural de esos años.¹¹ Junto con los sujetos y acontecimientos concretos de aquellos años, como

el terrorismo de Estado, los *desaparecidos*, la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, se analizan problemas teóricos más vastos, como “los usos de la memoria”, las estrategias crítico-historiográficas, los dilemas de la *revolución* y la cuestión del perdón, entre otros.

De las diversas líneas –sobre aquel período– que se exploran en la primera etapa de la revista, nos interesa aquí resaltar dos. La primera refiere a un recolocamiento del foco del análisis en la sociedad civil. Si bien en *Confines* hay una línea de continuidad con una preocupación ya presente desde los años de la “transición”, como lo era el fenómeno del terror ejercido por y desde el Estado, también comienzan a leerse en algunos de sus textos interrogantes sobre las actitudes y comportamientos que alojó la sociedad civil durante la última dictadura militar –y, consiguientemente, sobre cuánto de esos comportamientos ayudaba a pensar la propia dinámica política y social de los años ‘90–. Así, en el tercer número, Kaminsky afirma (y se interroga): “Manifestación expansiva que recrea la fuerza colectiva disponible de una sociedad, misma fuerza que se encontró enmudecida, o que *hizo lo peor*, expropiada bajo los únicos medios que la pueden acallar: el miedo, el horror, el terror: la muerte. ¿Es la simple ausencia la huella de la muerte, amenaza del límite para la presencia, un autoritarismo del instante? ¿Qué debemos recordar cuando el empavonado orgullo militar de ayer se traduce en las formas de impudicia jurídica, política y económica de hoy?”¹² La segunda cuestión refiere a los *desaparecidos*, que ocupa a la pluma de Alejandro Kaufman en artículos consecutivos de los primeros números.¹³ Siguiendo el esquema de Kaminsky de pensar las astillas de continuidad histórica, para Kaufman, el sistema criminal-desaparecedor, como producto de la maquinaria estatal, habla tanto del pasado como del presente: “El paradigma punitivo se ha impuesto porque no disponemos de otro lenguaje que el de la *objetividad de la prueba instruida en el sumario*. Imposibilitados por ahora de *mirar atrás*, el futuro se presenta en forma de pesquisa (...) La victimización de la que fuimos objeto con la represión y la dictadura sangrienta prosigue con sus secuelas: se demanda al aparato entrelazado de modo ya indiscernible que ponga en evidencia sus propias miserias. En esto hay una paradoja: de conseguirse semejante empresa el dispositivo criminal quedaría expuesto a la luz del día, pero la empresa se vuelve más improbable cuando la comprensión del sentido, de las causas y de la implicación profunda y extendida no recibe ningún aliento”.¹⁴ No se trata ya –meramente– de la pregunta sobre cómo fue posible el terrorismo de Estado, sino también de inquirir la trama material y lingüística que anuda un aparato criminal con formas de victimización y de complicidad (a veces explícita, a veces implícita) cuyas consecuencias son esquivas para una sociedad que aún no puede *mirar atrás*.¹⁵

Como sugerimos en el primer segmento de este artículo, la crisis de diciembre de 2001 primero, y la irrupción de Néstor Kirchner, después, no deja indemne al proyecto editorial de *Confines*. Sin menoscabo de las particularidades que venimos reseñando, a partir aquellos acontecimientos la revista irá ampliando el horizonte de sus preocupaciones político-culturales sobre Argentina y Latinoamérica.¹⁶ En el número dedicado a la crisis argentina, en un bello y crepuscular texto, Matías Bruera daba cuenta –con tono *martinezestradiano*– del nuevo tipo de indagación: “La Argentina es un oxímoron, una contradicción que el intelecto, desde siempre, no puede llegar a resolver y que sólo la poesía puede llegar a expresar y custodiar, porque dice que el país no existe pero sugiere, con el tono y el modo como lo dice, que, a pesar de todo, lo hay y puede aparecer cuando menos se lo espera. El paraíso perdido e imposible de hallar. La invitación a un destierro cautivo. El agua cristalina que arrastra su basura hasta la playa. El río sin orillas. Por eso pensar la Argentina es un desafío. Es discernir su sentido profundo, su alma colectiva y su atavismo ecuménico. Su faz fotogénica está plagada de idealismo, aunque su psique social es materialista”.¹⁷ Si la Argentina es el enigma, el desafío imposible pero ineludible, el peronismo pasará a

12. Kaminsky, G., “Elíxires del olvido”, en *Confines*, N° 3, 1996, pág. 82.

13. Ellos son: “Desaparecido” (N° 3, setiembre de 1996) y “Notas sobre desaparecidos” (N° 4, julio de 1997).

14. Kaufman, A., “Notas sobre desaparecidos”, en *Confines*, N° 4, julio de 1997, pág. 29.

15. Señalamos un último detalle significativo sobre esto. En N° 5, de octubre de 1998, Horacio González publica por primera vez una colaboración en la revista, y lo hace, precisamente, sobre este tema, con un artículo titulado “Muchacha argentina de los sesenta”. La importancia de este texto, el primero de muchos otros, es que inaugura la colaboración de miembros de *El ojo mocho* otra revista cultural destacada del ámbito de las ciencias sociales, también gestada alrededor del espacio universitario, a comienzos de los años 90 con *Confines*. Este tránsito de nombres y textos irá creciendo con el correr de los años, y más fluidamente después de la crisis de 2001 y del renovado interés de la revista por otras claves y problemas de la política argentina.

16. Para dar referencias concretas de nuestra apreciación. El N° 11 (septiembre de 2002) está compuesto por una única y extensa sección llamada “Argentina: ante la crisis”, y un breve dossier sobre Löwith-Marcuse. La sección inicial del N° 12 (junio de 2003) es “Inventario nacional”, y la que abre el número siguiente (diciembre de 2003) es “Peronismo y transfiguración”, primera sección que la revista dedica al peronismo en sus más de ocho años de existencia. Esta nueva preocupación por los diversos laberintos de la política nacional, antes que sustituir, amplía la búsqueda de la publicación. Así, la continuidad en su revisión de los años 60 y 70 encontrará una segunda serie de secciones en distintos números –presentada ahora bajo una secuencia ordenadora– que abarca el N° 14 (“Los años 60 y 70 en la Argentina I”), el N° 16 (“Los años 60 y 70 en la Argentina II”), el N° 17 (“Los años 60 y 70 III - El caso Padilla”), el N° 18 (“Los años 60 y 70 IV - Cine y política”) y el N° 19 (“Los años 60 y 70 V - Novela y revolución”).

17. Bruera, M., “La inundación”, *Pensamiento de los confines*, septiembre de 2002, pág. 66.

ser –junto con las marcas de los años ‘60 y ‘70– uno de los arcanos fundamentales para intentar develarlo. Y más allá de la Argentina, como un territorio más vasto –que complejiza al tiempo que ayuda a comprender los dilemas nacionales– emerge Latinoamérica. En el N° 13, el mismo número donde se dedica una sección a tematizar el peronismo, se despliega otra bajo el título de América Latina: tiempo y lugares de la modernidad. A partir de allí, la lista se multiplica: los lenguajes, las ciudades, las políticas y las culturas latinoamericanas serán abordadas en distintos dossier y secciones que se organizan por temas, en algunos casos, y en nacionalidades, en otros.¹⁸ Sin arriesgar demasiado, así, podemos afirmar que en esta segunda etapa la revista se mostrará más permeable y receptiva a las transformaciones políticas y sociales, especialmente a partir de la irrupción de un ciclo de gobiernos progresistas en buena parte de Latinoamérica, ciclo que tendrá en Hugo Chávez, Lula Da Silva y Néstor Kirchner, Evo Morales y Rafael Correa sus encarnaciones más destacadas.

Para concluir, quisiéramos resaltar algunos otros nombres y problemas de cuño filosófico que, sin tener la presencia fundamental de los tópicos antes mencionados, ocuparon un lugar significativo en el movimiento general del proyecto editorial. En efecto, es tan cierto sostener que la línea filosófica predominante de la revista abrevia en los textos frankfurtianos (con las mentadas remisiones al idealismo alemán), como necesario reconocer la existencia de otra línea, menos nítida pero muy importante, que se organiza alrededor de Spinoza-Marx-Nietzsche-Deleuze-Derrida. Sobre esa serie, es preciso aludir a tres figuras centrales: Gregorio Kaminsky, Diego Tatián y Mónica Cragnolini. Si Kaminsky (que forma parte del núcleo editor desde sus comienzos), viene elaborando desde hace más de treinta años el vínculo entre Spinoza y Deleuze para recalcar hace tiempo en originales análisis sobre el problema de la seguridad (tal como podemos leer en el N° 25), Tatián, uno de los más notorios especialistas sobre Spinoza de nuestro medio, es un fino lector de la tradición europea y la cultura Argentina. Por su parte, Cragnolini es una figura excluyente en la recepción y relectura de Nietzsche y Derrida en Iberoamérica. Aunque la presencia de Kaminsky se mantiene constante desde los primeros números y hay tempranas colaboraciones de Tatián (N° 8) y Cragnolini (N° 9), las líneas filosóficas señaladas aparecen con más intensidad en los números posteriores al 2001, y muy especialmente en el último lustro de la revista.¹⁹

La fábula contrariada: entre Godard, Kiarostami y el nuevo cine argentino

En los primeros números de la revista, el cine casi no tuvo lugar salvo la alusión a Tarkovsky y referencias aisladas en notas dedicadas a la filosofía, el ensayo y la literatura que definen, como decíamos, su perfil y su búsqueda intelectual. Con todo, en el N° 5 (recordamos, el primer número que lleva el nombre actual: *Pensamiento de los confines - PdlC*) hay una primera aproximación al cine del director iraní Abbas Kiarostami. Esto se debe a una curiosidad: en 1998 la proyección de *El sabor de las cerezas* en el histórico Cine Lorca de la Ciudad de Buenos Aires fue un suceso extraordinario de público. El film, muy elogiado por la crítica especializada, lo es también por *PdlC* a partir de dos intervenciones: una nota de Ana Amado –la primera de muchas otras colaboraciones en la revista de esta investigadora y cinéfila– y la desgrabación de una conversación entre el director Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman quienes compartían *Radiaciones*, un programa de radio en FM La isla. Si en la nota de Amado se pone en el centro un análisis específico de la película, en la conversación que mantienen Casullo, Forster y Kaufman el *film* es también una superficie para pensar en voz alta problemas relativos a la cultura iraní, la cuestión del suicidio –recordamos que el protagonista de *El sabor de las cerezas* realiza un largo recorrido en las afueras

18. Se irán sucediendo secciones como “Ciudad latinoamericana: neoescrituras, calles y memorias” (N° 15), “América Latina: acción directa y justicia” (N° 18), “América Latina, teoría y crítica” (N° 21), y un número completo dedicado al tema, cuyo título es “América Latina: nueva edad política” (N° 19), por nombrar sólo algunos materiales destacados.

19. Para ubicar algunos números donde estos filósofos tienen una presencia relevante, mencionamos los siguientes: la sección “Junto a Spinoza” (N° 25); otra llamada “Deleuze” (en el N° 20); y sobre Jacques Derrida, en el N° 27, el dossier “El giro animal lo tiene como referencia central” (y excluyente, en los artículos de Mónica Cragnolini y de Ana Paula Penchaszadeh); en ese mismo número hay una sección titulada Derrida: lo que resta, con artículos de y sobre el pensador francés; también, sobre este último, en el N° 30 se destaca el dossier “Derrida, memoria, violencia y justicia”.

de Teherán buscando a alguien que se comprometiera a enterrarlo luego de quitarse la vida— y su relación con el imaginario religioso, la tradición humanista europea, y, desde luego, con nuestra propia tradición.

Pero los textos que definen el vínculo de la revista con el cine se presentan con todo rigor en los números 6 y 7, del primer y segundo semestre de 1999. No es casual. Estos números tienen una importancia central para comprender la primera etapa de la publicación porque sintetizan a su modo el clima intelectual de *fin de siglo* y el declinar del debate sobre la postmodernidad. La pregunta por el siglo, por lo que queda de él, por sus imágenes, por sus herencias, por sus muertos, por sus proyectos políticos y estéticos, está presente en muchas de las notas, enmarcadas en una reflexión respecto de las relaciones de los intelectuales argentinos con la cultura europea. En una de ellas, la de su director —“Notas al pie de página de un siglo”— la reflexión adquiere los tonos intensos de una autobiografía y una topografía de viajero no carente de experticia, que va de Madrid a Viena, de Praga a Roma, con interrogaciones culturales que hacia el final del escrito revelan un matiz crepuscular, de despedida anticipada hecha desde la costa siciliana: “Sin dudas volveré alguna que otra vez a Europa, compraré libros en las viejas metrópolis, pero esta tierra al borde es como un adiós a lo mejor sin saberlo”.²⁰ En otra de las intervenciones dedicadas al siglo, la de Mañas Bruera, la relación con Europa se piensa a través de un nombre: el del escritor polaco Gombrowicz, quien entendió mejor que nadie nuestra *inmadurez* y desplazó la pregunta por lo nacional de la esencia interrogada a la existencia vivida, de los vínculos *a-priori* (con Europa) a los vínculos *a-posteriori* con los jóvenes reciénvenidos.²¹

20. PdlC, N° 7, 1999, pág. 38.

21. *Ibidem*, págs. 39-47.

En su progresión, la lectura de estos números hace evidente que la pregunta por el siglo XX no puede ser respondida en modo alguno sin una reflexión sobre su arte más influyente y poderoso. Así, en su N° 6, PdlC le dedica un *dossier*: Sobre cine. De Kafka a Godard, en el que encontramos, por un lado, breves reflexiones de Franz Kafka, Bertolt Brecht, Georg Lukács, Robert Musil, Thomas Mann y Joseph Roth, entre otros, y, por otro lado, la primera parte de una larga conversación entre Youssef Ishaghpour y Jean-Luc Godard a propósito de *Histoire(s) du cinéma*, cuyo segundo envío encontraremos en el número siguiente.²² En PdlC N° 7 también hay un *dossier* —El cine, la historia— en el cual podemos leer junto a la segunda parte de la conversación recién citada una nueva nota de Ana Amado: “La historia según Godard”, y un texto crítico de Jacques Rancière sobre las *Histoire(s)* de Godard: “La santa y la heredera”.²³

22. PdlC, N° 6, págs. 135-164.

23. PdlC, N° 7, págs. 166-188.

Entre los dos números se compone entonces un material de extraordinario interés para el lector especializado, para los gustosos de la historia del arte y para los cinéfilos en general: en una punta, breves reflexiones sobre los inicios del cine que incluyen deslumbrantes citas de notables escritores, en la otra, una extensa conversación sobre su historia a cargo de uno de los directores de cine más agudos y creativos. Entre ambas, vibra la totalidad del siglo, sus avatares, sus utopías maquínicas y humanistas, sus guerras y sus revoluciones. Pero vibra, sobre todo, el trabajo y la reflexión de Godard. En este nombre, el de Godard, se cifra una de las posibles lecturas no sólo de la historia del cine del siglo sino de la historia del siglo XX. De ahí que no pueda decirse simplemente que Godard piense-hable-proyecte cine. El Godard de *Histoire(s)* piensa-habla-proyecta fotogramas, pinturas, fotografías, voces y citas filosóficas, literarias, políticas, religiosas. Y en la extensa conversación que mantiene con el ensayista francés de origen iraní Youssef Ishaghpour dialoga sobre las relaciones entre montaje y memoria, sobre la singularidad de las imágenes del cine (“un tren suspendido en una quebrada”: *sólo el cine*, dice Godard, puede darnos ciertas imágenes²⁴), y sus relaciones con el sonido y con el texto (porque “es entre el texto y la imagen que hay un espacio y hay un verdadero trabajo”). Y dialoga, sobre todo, respecto de la

24. PdlC, N° 6, pág. 153.

25. *Ibidem*, pág. 162.

relación entre historia y cine: “en los *films* está el espectáculo de la Historia, la Historia está casi viva el cine es la imagen viva del despliegue de la Historia y del tiempo de la Historia”.²⁵ Historia que es la del cine, la de su generación y la propia, como deja entrever la otra conversación, la que mantiene Godard dentro de sus *Histoire(s)* con Serge Daney, conversación que resulta clave para entender cómo se ubica a sí mismo dentro de la gran historia de la cultura europea.

26. *PdLC*, N° 7, pág. 183.

De las más interesantes y antojadizas afirmaciones de Godard para pensar estas diversas *historias*, hay que subrayar la que dice que el siglo XX no fue revolucionario en invenciones, que todo estaba ya, de algún modo, prefigurado en el siglo XIX. La *Idea* del cine ya estaba en la fotografía, en la literatura, en la pintura y en los desarrollos de la técnica del siglo XIX. En este sentido, el siglo XX no inventó el horror: “lo copió en mil ejemplares”. Ni siquiera inventó los nuevos paradigmas de la física: “todo eso viene del siglo XIX”. “Hubo aplicaciones, pero no invención”.²⁶ Ahora bien, ¿cuál es el sentido de estas afirmaciones godardianas, aparentemente antojadizas y carentes de rigor historiográfico? Cabría conjeturar que sus *Histoire(s)* intentan quitarle excepcionalidad al siglo XX, con el objeto de ubicarlo en una historia mayor que podríamos denominar la Gran Historia de las Imágenes, historia que empieza con el *cristianismo*. De ahí que Godard asocie el lienzo de la pantalla con el santo sudario, y que la imagen esté, todavía, a la espera de la “resurrección”.

27. *Ibidem*, pág. 188.

Esta relación entre cine y cristianismo, entre imágenes paganas e imágenes cristianas, llama la atención del filósofo francés Jacques Rancière que somete a crítica la conjunción que realiza Godard entre la imagen feliz de Liz Taylor en *Un lugar en sol* (1951) de Georges Stevens, las imágenes de los campos de concentración filmadas por este mismo director en 1945 en Auschwitz y Ravensbrück (junto a la avanzada del ejército norteamericano) y el perfil de María Magdalena en el fresco de Giotto. En la lectura de Rancière, la paradoja de pecado y redención de las imágenes que intenta poner en movimiento Godard a propósito de su responsabilidad histórica del cine con el horror pierde la fuerza iconoclasta que supo tener en los ‘60, para transformarse en los años ‘90 en una *iconolatría*, en un espiritualismo que sacraliza la imagen y la necesidad de presencia. Sus *Histoire(s)* quieren “mostrar que el cine traicionó, con su vocación de presencia, su tarea histórica. Pero la demostración de la vocación y de la traición es ocasión para verificar todo lo contrario: la vocación del cine por la posibilidad infinita y la inocencia radical de sus manipulaciones”.²⁷

28. *PdLC*, N° 7, pág. 170.

Desde otra perspectiva, Ana Amado observa con agudeza que el procedimiento de Godard “somete a la Historia a la prueba del cine” y advierte que lo hace justamente porque la memoria histórica del siglo se edificó con imágenes. Cuando Godard trabaja con ese “reservorio de escenas, cuerpos, secuencias, vida, que iluminado por el pensamiento se reabre desde su pequeñez hacia el mundo” logra darle consistencia a esa “forma que piensa y hace pensar”, a esa *forma-cine* sobre la que sostiene su política del arte para pensar el pasado y futuro del siglo. Si Godard entonces es un factor central para comprender la elaboración estético-política de *PdLC* es porque en la cifra de su arte encontramos una de las encrucijadas del siglo, pero también de casi todos los temas de la revista: la relación entre memoria e historia, entre imágenes y texto, entre el horror concentracionario y la constitución comunitaria. Y también porque, como subraya Amado, es el más alemán de los directores franceses (el más cercano al trabajo de Jean Marie Straub, Hans Jürgen Syberberg y Alexander Kluge), lo cual supone un tipo de síntesis de la tradición intelectual humanista que más interesa a *PdLC*.²⁸

Los números 11 y 12 suponen un punto de inflexión y abren, como decíamos al comienzo, una segunda etapa en la revista, con una presencia cada vez más importante de la cuestión argentina y latinoamericana, y un desplazamiento del interés

estético y político de temas muy ligados a la tradición europea por otros más de contenido local. Este desplazamiento se observa, por ejemplo, en el trabajo de archivo, que nos permite encontrar en el N° 11 (de septiembre de 2002) un fragmento de *La estética operatoria en sus tres direcciones* de Juan Luis Guerrero cuyo título es “Una estética argentina” en el que se caracteriza al cine como el primer arte de la vida política de la historia universal, en unas agudas reflexiones de resonancias benjamianas. Pero sobre todo resulta más emblemático cuando se recorre el *dossier* central de ese número, que lleva por título Argentina: ante la crisis. En lo relativo al cine, en la nota de Ana Amado (“Cine argentino”) podemos leer una caracterización del movimiento de los nuevos cineastas surgidos a mediados de los años ‘90, que vive “una pequeña aurora que tiene resonancia internacional” que contrasta y se alimenta del paisaje social de la devastación neoliberal de los primeros 2000. Asimismo, discute allí con otras dos lecturas: la que ve un corte absoluto entre este “nuevo cine argentino” y el trabajo de otras generaciones de realizadores, y la que propone distinciones nítidas entre las nuevas producciones. Si en el primer caso, dirá Amado, calificar de “nuevo” al cine reciente “no suprime lazos con la tradición”, en el segundo, las fronteras son mucho más móviles. Así, no sólo hay que pensar la enorme heterogeneidad del cine del presente a partir de sus diferentes tipos –industrial, popular, ideológico, artístico; de ficción o documental, y con prestaciones entre ambos–; también hay que analizar la mixtura de géneros, mundos, poéticas y materiales.²⁹ Muchos son los nombres de este movimiento pero se destacan Traperero, Alonso, Carri (la nota es previa al suceso de *Los rubios*, a la que la propia investigadora le dedicará una nota en el N° 13 de *PdLC*³⁰) y sobre todo Martel y Caetano. La obra del director de *Un oso rojo* será revisitada en el N° 12 también por la autora de *La imagen justa* quien en “Imágenes del país del pueblo” trabajará en torno a *Tumberos*, una serie de TV que “obra finalmente como sinécdoque del país y su funcionamiento social”.³¹ Por su parte, la obra de Martel, también mencionada en ese artículo, deberá esperar unos años para reaparecer con centralidad en la revista.

En efecto, si en los números 11 y 12, con la crisis del 2001-2002 como telón de fondo, la publicación indagaba sobre el “nuevo cine argentino”, ya en pleno kirchnerismo, las reflexiones sobre el cine argentino no cesarán,³² y en el N° 19 de diciembre de 2006, aquel movimiento generacional es revisitado otra vez a partir de la obra de la directora salteña. En “Diálogo con Lucrecia Martel”, Ana Amado conversa con la realizadora de *La ciénaga*, en los momentos previos a la filmación de *La mujer sin cabeza*. El interés de *PdLC* por el trabajo de Martel remite a preguntas, cuestiones y obsesiones que el grupo editor parece compartir con su cine: cómo contar una historia sin apelar a la teleología implícita, cómo representar una atmósfera sin recurrir a *clichés*, cómo indagar sobre la comunidad sin subrayar los tópicos más obvios, cómo hacer lugar a la *voz* que viene de lejos sin apelar al ruido de la comunicación informativa. Así, Martel dice que le debe más al Quiroga que le contaba su abuela y a las conversaciones ajenas por las que siente fascinación que a la cinefilia. De ahí el lugar central que Martel le otorga a la oralidad, al sonido diferencial de las lenguas, el ambiente y la naturaleza: esa sonoridad múltiple interviene en la riqueza de la mirada. En este sentido, puede pensarse que la politicidad del cine de Martel tiene lugar a través del sonido, porque es a través de él que se altera el realismo de las cosas y los nombres. Como señala Amado, se trata de “matices de una trama sonora heterogénea, orientada a trastornar la realidad por el oído”.³³ Y esa percepción trastornada es en Martel el objetivo del cine mismo: “Si hay algo que me interesa del cine, es cómo transgredir de alguna manera la percepción del mundo”.³⁴ Y esa trasgresión de la percepción implica una alteración de la disposición de los cuerpos y las funciones. La suspensión del juicio moral se revela entonces consustancial al acto creativo. Por eso, “la posición de la cámara es desde ese lugar, el de una curiosidad sin moral”.³⁵ Sin embargo, esa curiosidad sin moral no prescinde de una premisa ética: el hecho de que la familia sea para Martel “la primera institución corrupta que tiene la

29. *PdLC*, N° 11, pág. 88.

30. *PdLC*, N° 13, págs. 55-63.

31. *PdLC*, N° 12, pág. 57.

32. Entre los números 13 y 18 hay varios momentos que es preciso destacar. En el N° 13 un trabajo de Gustavo Nahmías sobre *Perón. Sinfonía del sentimiento* de Leonardo Favio, y la nota recién mencionada de Ana Amado sobre *Los rubios*. En el N° 16, otro *dossier*, esta vez titulado “Cine argentino: sobras y memorias”, con notas de la propia Amado (sobre la cuestión de la *post-memoria*) y Gonzalo Aguilar (sobre *Los muertos* de Lisandro Alonso). En el N° 17 hay una nota del filósofo francés Jacques Rancière cuya presencia teórica funciona como trasfondo del período post-2001: “Las poéticas contradictorias del cine”. Por último, en el N° 18, dos entrevistas publicadas en el diario *La opinión* el 29 de abril de 1973 a Fernando Solanas y Leonardo Favio luego del triunfo de Héctor Cámpora, arman otro *dossier* relevante.

33. *PdLC*, N° 19, pág. 169.

34. *Ibidem*, pág. 171.

35. *Ibid.*, pág. 172.

Argentina”, la institución donde los lazos están por encima de cualquier idea de comunidad. La impugnación ética de su cine se reconoce pues en este núcleo fundamental.³⁶

36. *Ibid.*, pág. 176.

En el número siguiente de *PdLC* –el veinte– encontraremos una reflexión sobre el documental y el peronismo también de Ana Amado, quien “En la patria de la felicidad” analiza los trabajos de Solanas, Favio y Fernández Mouján, que tienen notorias resonancias respecto del presente político.³⁷ En el N° 21 veremos aparecer –luego de diez años– la figura de Kiarostami, esta vez en diálogo con Jean-Luc Nancy, precedido por un texto del filósofo francés: “La evidencia del *film*” en el que se proponen algunas sugerentes hipótesis sobre el estatuto de la imagen y su relación con lo real.³⁸ Así, dirá Nancy: “La realidad de la imagen es el acceso a lo real *mismo*: a aquel real que tiene la consistencia y la resistencia, por ejemplo, de la muerte, o por ejemplo de la vida.”³⁹ Esta relación entre lo real y la imagen será retomada desde diversas aristas en la conversación del francés con el director iraní, que ahondará en la relación entre imagen e historia y el lugar del espectador en la construcción de la mirada. Kiarostami sostiene no sólo una estética que rechaza al cine narrativo; al mismo tiempo realiza una radical defensa del espectador, de su curiosidad, de su capacidad de ver y crear con la mirada: “Cuando uno cuenta una historia, sólo cuenta *una* historia y cada espectador, con su propia capacidad de imaginación, comprende *una* historia. Pero cuando uno no dice nada es como si se dijera una infinidad de cosas. El poder pasa al espectador. André Gide decía que la importancia estaba en la mirada, y no en el tema. Y Godard dice que lo que está en la pantalla ya está muerto, y que es la mirada del espectador la que le insufla vida”.⁴⁰ Esta notable conversación, tiene momentos bellísimos del que solo citamos un pasaje del *Corán*, la sura del *Temblor de Tierra*, citada en árabe de memoria por Kiarostami: “Cuando la tierra haya experimentado un temblor violento / Y haya arrojado las cargas de su seno, / El hombre dirá: ¡qué espectáculo! / Ese día, la tierra contará lo que sabe / Porque Dios se lo ordenará / Los hombres avanzarán en grupos / Para dar cuenta de sus obras / El que haya hecho el bien / Del peso de un átomo, lo verá / El que haya hecho el mal / Del peso de un átomo, lo verá”.⁴¹ No importa, dirá Kiarostami, si somos religiosos o no, lo que este pasaje enseña es que vivimos en esta tierra y tenemos que responder por eso.

40. *Ibid.*, pág. 18.

41. *Ibid.*, pág. 23.

A partir del N° 22 la presencia del cine en la publicación se hace más intermitente y, nos atrevemos a decir, menos clara en su búsqueda, quizás compartiendo el tenor de la última etapa del proyecto editorial, que se abre con el N° 23-24, publicado varios meses después del fallecimiento de su fundador, Nicolás Casullo. Tal vez sea en este número que algo del impulso anterior todavía se muestra a través de las notas de Jens Anderman y Domin Choi, dedicadas ambas al cine argentino.⁴² En la primera se vuelve a Martel con un análisis de *La ciénaga* pero aparece también la notable *Ciudad de María*, de Enrique Bellande, ambas vinculadas a milagros y escenas de devoción. Y en la segunda, revisitando *films* ligados a las huellas del horror dictatorial: *La historia oficial* y *Garage Olimpo*, pero trabajados a partir de una discusión con ciertas interpretaciones de la crítica especializada. En el N° 25 hay una nota más de Ana Amado sobre los nuevos realismos, pero ya en los números 26 y 27 el cine casi no deja marcas. Y recién se retoman algunos aspectos ligados al relato en el N° 28-29.

42. *PdLC*, N° 23-24, págs. 109-131. El dossier lleva por título: “Cine, milagro, memoria, representación”.

Otras persistencias: de lo último y lo primero

A modo de cierre, proponemos destacar un último motivo, que bien podría haber sido tema central atendiendo a la importancia que le da el colectivo editor: la condición del intelectual en la época contemporánea. Sujeto y objeto de la reflexión

de quienes despliegan *PdIC*, la deriva de la figura moderna del intelectual es una preocupación que la atraviesa de principio a fin. ¿Quiénes somos cuando intelectuales nos llamamos?, sería –en su formulación sarmientina– la pregunta que hace de clave de bóveda. Ya en el N° 6, en una sección elocuentemente llamada Genealogía y muerte de la figura del intelectual, se publican textos alusivos de Jean-François Lyotard y de Maurice Blanchot. Es en el N° 14, sin embargo, cuando una el colectivo editor (Casullo, Forster, Kaufman y Bruera) decide darse una conversación ampliada (junto con los invitados Horacio González y Germán García) sobre la cuestión, bajo el título de Conversación sobre intelectuales, política y democracia. A lo largo de una extensísima charla, van desfilando una serie de problemas que oscilan entre lo universal –el estatus y destino de la figura del intelectual tal como se la conoció en el último siglo y medio de la cultura occidental– y lo particular –el devenir de esa figura en el contexto político-social de la Argentina–. Dentro de este contexto, hay tres cuestiones que nos interesan subrayar. La primera, tiene que ver con experiencia que aparece –de manera especular, aunque no simétrica– como antecedente más cercano y relevante para los allí presentes: la experiencia de los intelectuales progresistas que acompañaron al alfonsinismo. Cada uno de los participantes irá tomando partido y ajustando cuentas con el modo en que se materializó esa alianza entre intelectualidad y poder político bajo las promesas de una socialdemocracia argentina. A su vez, esa revisión de los años ‘80 conecta con el presente más inmediato (recordemos que este número es de julio de 2004), de donde emerge el acontecimiento político que marca buena parte del diálogo: el acto que realiza el gobierno ese 24 de marzo, y, especialmente, el discurso de Néstor Kirchner en la ex ESMA. Entre la ruptura refundacional y la intervención coyuntural, ese acto es discutido a la luz de otros fenómenos políticos del presente (desde la conflictividad social que se expresa en la marcha de Blumberg al Congreso y en los paros del sindicalismo combativo de los subtes, hasta la frágil constitución del sistema político-institucional argentino). Asimismo, también habrá referencias a papel de la Universidad pública como espacio de debate y producción intelectual, y la paradójica función que ella desempeñó desde los años ‘90 hasta la crisis de 2001: entre su condición de “refugio” y la lógica de la autopreservación. La cuestión de la eficacia, de cómo se trama la producción intelectual –de cómo interviene y arma lazo con otros actores y discursos– en los tiempos de era digital y de la hegemonía *massmediática* es, finalmente, el horizonte epocal (universal) que tiñe la conversación y se mantiene como interrogante abierto.

Por otra parte, lo que en aquel encuentro era un problema incipiente –el lugar del intelectual en relación con el Estado y con la naciente fuerza política llamada *kirchnerismo*– en el N° 25 (de noviembre de 2009) aparece ya en otro plano. El *dossier* en el que se aborda la cuestión lleva por título Lo intelectual y lo político, y participan Alejandro Kaufman, Diego Tatián, María Pia López, Horacio González, Gisela Catanzaro, Gabriel D’Iorio, Verónica Gago, Diego Sztulwark, Eduardo Grüner, Matías Bruera y Marcelo Percia. También hay en el *dossier* una entrevista a Nicolás Casullo realizada en 2007 por Karina Arellano, en la que se recorre con especial intensidad el clima político denegatorio respecto del kirchnerismo un año antes de que estallara el conflicto con las patronales agrarias durante el largo otoño-invierno del año 2008, recorrido que no se agota en un diagnóstico de orden nacional, sino que, por el contrario, logra inscribir la perplejidad de entonces en los tópicos centrales de la época. De algún modo, la entrevista a Casullo oficia de síntesis abierta y controversial de muchas de las intervenciones del *dossier*, que giran en torno al problema cada vez más acuciante de la relación de los intelectuales con el kirchnerismo y las izquierdas.⁴³ Mencionamos sólo dos de estas valiosas intervenciones porque dialogan centralmente con la conversación de Casullo. La primera: “Políticas para un futuro imposible”, de Alejandro Kaufman, miembro del consejo editor. La segunda, “Las figuras del tapiz”, de María Pia López.

43. Las posibilidades de reinención de la política. Entrevista a Nicolás Casullo (marzo de 2007), *PdIC*, N° 25, págs. 46-58.

En el caso de Kaufman, la observación crítica se dirige fundamentalmente a la impotencia de las fuerzas que se quieren emancipatorias para responder a lo que el autor considera una lógica difamatoria que no cesa de crecer y que tiene como fondo el discurso del exterminio que sostuvo la inmensa potencia destructiva del siglo XX. Como corolario de un puñado de tesis inquietantes, el texto concluye con un llamado a la apertura y la lucha: “Habremos de luchar contra la difamación de que es objeto la democracia política, no porque creamos en ella en todos sus términos propios, sino porque define el suelo ineludible sin el cual no hay opción convivencial viable. Habremos de ejercer el criticismo anti-difamatorio y anti-racista desde una perspectiva apenas distanciada de las identidades que nos convocan de maneras paralizantes”.⁴⁴ La condición intelectual se define, para Kaufman, por el cuidado de ese mínimo suelo común que –tal como lo ponen de relieve sus intervenciones de estos años– está siempre a punto de ser horadado, está siempre en peligro, y lo está aún más en el presente no sólo porque se verifica una amplia incorporación a los saberes establecidos de las teorías críticas del siglo XIX y XX (entre otras, del marxismo clásico cuya teoría de la estructura social “puede concurrir al mercado epistémico sin provocar los conflictos de otrora”), sino también porque el exterminio avanza soterrado bajo los modos cada vez más adocenados de la antipolítica que despliegan los grandes dispositivos mediáticos.⁴⁵

44. *Ibidem*, pág. 16.

45. *Ibid.*, pág. 9.

Por su parte, María Pia López sostiene, entre otras cosas, que “el obstáculo principal para un discurso político del presente es que debe forjarse en una época que tiene el cinismo como dimensión constitutiva.” La eficacia de la *razón cínica* reside en que “opera develando todo acto como ademán o simulacro producido por un interés profundo e inconfesable... Toda narrativa es sospechada por lo que oculta, no discutida por lo que afirma. El cinismo es sospecha y destitución. Es el modo destituyente por excelencia”.⁴⁶ A la razón cínica de la época, hay que oponerle, dice la socióloga, la risa gozosa del descubrimiento para evitar ser cristalizados por la función asignada a los intelectuales en la escena mediática: el de ser panelista del último programa de opinión. A la razón destituyente que se despliega hay que oponerle una imaginación político-intelectual poderosa que piense el futuro desde la situación presente, sobre todo desde los núcleos más disruptivos y anómalos del tiempo kirchnerista. Aprender a tratar el presente no como un tiempo de transición hacia otro más adecuado a ideales *a priori*, sino como el tiempo desde el cual pensar un futuro de justicia más incluyente es entonces el desafío más urgente.

46. *Ibid.*, pág. 25.

Finalmente, y ahora sí, para concluir, volvemos a la conversación con Casullo porque en ella, como decíamos, deja entrever su fuerza crítica –que incluye rasgos de un profetismo lúcido incomparable– para detectar no sólo los límites del proyecto nacional-popular-desarrollista en marcha sino también la miopía política de la izquierda tradicional que se niega a sostener críticamente un proyecto de centroizquierda desde el Estado, y termina socavándolo con una narración que conecta con las corrientes antipolíticas de la sociedad, cuyo destino final, anticipa Casullo, no será otro que el de abrazar la causa de la derecha. Escuchemos su voz, que es, de algún modo, la de esta importante revista de la historia intelectual argentina de los últimos veinte años, en una descripción que, más allá de lo controversial, no ha perdido vigencia en su concepción medular:

Este es un país post 2001 en el que de casualidad no volvió a ganar Menem (trampa de Duhalde), o Duhalde que se baja demasiado de apuro, o Reutemann que era ‘el candidato de todos’, o De La Sota, que iba en punta en las encuestas, o López Murphy, que saca muy poquito menos que Kirchner. Entonces, de no plantear una articulación de centro izquierda, la Argentina sale de un posible fracaso kirchnerista por derecha. Sin duda. Porque así lo quería el grueso de la sociedad en el 2003, una salida por derecha, y solo un milagro y una serie de azares lo

impidió. La única forma de quebrar esta suerte de derechización del mundo –que yo creo que se va a ir agudizando–, es construir alianzas de izquierda democrática, estatales, populares potentes, donde cada sector conserve su postura, la diferencia, pero donde haya un programa mínimo de acuerdo por donde muchas medidas puedan marchar. En este caso me refiero a un apoyo crítico al gobierno de Kirchner. Esto aquí, con respecto a los núcleos de izquierda radicales, está totalmente ausente. Me da la sensación de que en Argentina, por una tendencia a una crispación, al no reconocimiento del otro, a la violencia verbal, a cómo ha quedado el 2001 en la cabeza de varios, no aparece claramente esta alternativa, como debiera ser entendido. El teoricismo, el gorilismo, el tradicionalismo de un pensar de izquierda, el sectarismo político, impide a esa izquierda, como en otras grandes coyunturas nacionales, estar con su identidad y autonomía, donde debiera estar. Afortunadamente este ensamble también está ausente en la derecha, que también está fragmentada. Y eso hace que vivamos con menos temor una mala lectura que hace la izquierda en cuanto a cómo poder reunirse o articularse sin que cada uno pierda su perfil.⁴⁷

47. *Ibid.*, pág. 54.

Cuando esa fragmentación ha sido superada por derecha y por primera vez nos encontramos con el Estado nacional gobernado por una fuerza de ese signo que ha llegado al poder por la vía del voto democrático, cuando la profecía de Casullo se ha realizado, los desafíos para la aventura intelectual se hacen, otra vez, tan necesarios como urgentes. Y es ahí, en esa hendidura, que vuelve a renacer el *deseo* de hacer revistas. El trabajo de *Pensamiento de los confines* resulta entonces un faro y una compañía para volver a empezar.

